

PRIMERA PARTE

Bilbao

21 de marzo de 2004. Ibane no se percató de su desnudez hasta que deslizó el dedo medio entre los labios, abriéndose camino por su pelo erizado y recortado, hundiéndolo en una humedad creciente. En frente tenía una fotografía en la que una mujer latina, vestida únicamente con zapatos de charol negros, posaba sobre el paño de una mesa de roble macizo. Su repentina excitación no era una respuesta a la pose de la chica en blanco y negro. La luz de la calle era tan pobre que apenas distinguía los detalles. Sin sus lentillas, además, la veía algo borrosa. La imagen buscaba el contraste entre los fondos del tapete y unas cortinas blancas con las tonalidades oscuras de la joven, resaltando su abundante vello púbico. Incorporada hacia delante, reparó en los pechos. Habían sido impiamente siliconados. Ibane, a pesar de la resaca, pudo distinguir entre sus nebulosos recuerdos los ojos negros y brillantes de la pantera que Nia tenía tatuada. Le encantaba mostrar su espalda al desnudo con vestidos y camisetas muy insinuantes, desde donde la imagen felina se asomaba provocadora.

consonni

De Nia, más que la espalda tatuada, a Ibane le atrajo desde el primer instante su piel lechosa. Tenía una fantasía muy recurrente en la que follaban juntas bajo el agua clorada de la piscina de un complejo residencial de adosados de doble planta, bajo la meticulosa vigilancia de dos guardias de seguridad de Prosegur que las observaban excitados. El contraste entre su piel oscura aceitosa —en realidad era de tez clara— y la de ella le excitaba bastante. En el sueño podían pasarse horas así, sin riesgo de ahogarse, porque Nia respiraba mayormente a través de la epidermis.

Ibane había soñado con ella de un modo reseñable al menos en otras dos ocasiones.

La primera no es realmente una fantasía, sino una pesadilla fetichista de bestialismo probablemente influenciada por la película de serie Z de Ed Wood *La novia del monstruo* y por cualquiera de las de *The Matrix*, sus favoritas. Es una visión muy moldeable: Nia con lycra negra. A ratos con un abrigo largo y a ratos con los hombros rectos y desnudos sobresaliendo de una camiseta oscura y brillante. Nia con expresión firme, casi agresiva, quitándose las gafas de sol. Consta de dos partes: seducción y destrucción. Primeramente hechiza a Ibane y, después, la pantera tatuada que cubre su espalda se desprende de su piel y la consume despiadadamente. *Dominatrix*. *Domimatrix*. *Domimantis*. Mantis. Metamorfosis de Nia.

La segunda sí lo es.

Ibane es una vendedora ambulante de telas en un colorido mercado al aire libre de una villa italiana. Nia, voluptuosa, mece la melena en el balcón barroco de un palacete. Son secuencias sin aparente sentido —de cuando en cuando aparecen mujeres que yacen gimiendo de placer. Son unas imágenes coloreadas y oníricas, propias de un cómic de Milo Manara—. Primero permanece desnuda y luego revestida con un sensual atuendo en tela gasa; desnuda y más tarde ataviada con un

consonni

mini vestido organdí plateado; desnuda y tocada con un conjunto aterciopelado presidido por un amplio escote drapeado. Ibane, con barba de asirio, lleva una toga roja bordada en oro que le llega hasta los tobillos. Despunta una desbordante erección que repentina y fulminantemente desaparece para mostrarse desnuda con las piernas bien abiertas provocando a Nia, que la penetra repetidamente. A ratos el mirador abombado y el tenderete se confunden. Es lo que sucede en los sueños. La plaza está repleta y la gente mira hacia arriba.

Ibane posee más fantasías sobre Nia. Se podría hablar, sin miedo a exagerar, de coleccionismo. Pero no es éste un manual sobre ficciones sexuales.

Ibane sintió que le iba a explotar la cabeza de un momento a otro. Se preguntó cuánto había dormido y se arrepintió de lo mucho que había bebido. Pensó que Nia deambularía por la cocina o por la sala, o que habría tenido que ausentarse precipitadamente. En cualquier caso no quiso despertarla. La imaginó dormitando plácidamente a su lado, emitiendo leves ronquidos y ronroneos. A pesar de la terrible resaca, tenía unas ganas irrefrenables de hacer el amor. Pensó en varias posibilidades: la primera era comenzar humedeciendo con la punta de la lengua uno de sus delicados lóbulos, persistir en las sienes, los párpados y las mejillas, deslizándose por la nariz hasta la comisura de los labios, forzarle a abrir tímidamente la boca hasta encontrar su lengua, obtener una reacción y suscitar un dulce despertar. La segunda consistía en iniciar la labor por el pezón del pecho derecho. Lo lamería hasta provocar sus primeras respuestas. En ese momento, buscaría sus labios pulposos. Iría de los labios a los pezones de un modo intermitente, deslizándose con suavidad por su cuello, resbalando la lengua por su piel palpitante. Su mano se abriría camino entre la cara interna de sus muslos hasta llegar a penetrarla hábilmente. Claro que esta opción tenía el inconveniente de la postura, en una cama muy pequeña postrada contra la pared. Otra posibilidad pasaba por saltarse los preliminares y directamente comenzar a saborear la fina textura de sus labios. Llegar al clítoris y hacerlo vibrar con su lengua acompañándose del dedo índice de forma

consonni

acompañada para sentir cómo Nia se iba desbordando. Nia no sabía si se encontraba en un sueño. Pero ahí le surgió a Ibane la duda que la había de retraer definitivamente.

¿Y si no le gustaba?

No sabía aún cuáles eran las preferencias de Nia. El mero hecho de estar desnuda y las contadas visiones previas no dejaban lugar a dudas de que se había acostado con ella. Pero por desgracia no lograba traer a la mente ninguna emoción. Ninguna imagen. Ningún olor que anteriormente no le fuese familiar. Ardía en deseos de saber si ella también había sentido lo mismo en el momento de despertarse.

Se había acostado por primera vez con Nia y no era capaz de evocar nada. Buscó con la mirada un botellín de agua. A su alrededor solo había discos con carátulas fotocopiadas a color, números de la revista *AUX*, cojines verdes de conchas y taburetes para plantas de interior. Le picaba la cabeza. También la notaba hinchada. Hurgó entre los enseres cercanos en busca de algún indicio que le ayudase a hacer memoria. Le llamó la atención un aparato de radio Sony medio oxidado que debía de tener treinta años de antigüedad. Provenía de Malasia. Se preguntó si Sony podía llevar tanto tiempo en aquel país. Ni siquiera recordaba el nombre de su capital. Se sentía como si se estuviese recuperando de una anestesia. Aunque creía firmemente que los sucesos nunca acontecen como una los ha imaginado y, menos aún, como los ha planeado, nunca hubiera apostado por una situación tan desconcertante.

De hecho, Ibane es una persona con memoria de historiadora. Presume de guardar incontables recuerdos de infancia. Su favorito es el del día que, lívida, llegó a Bilbao para quedarse. El Renault 14 gris metalizado de sus padres remontaba la ría por la autovía del norte. La ciudad apestaba a amoníaco procedente de una planta química para producir plásticos y los montes adyacentes estaban coronados por nubes contaminadas. Le pareció el sitio más abominable del mundo. Y ahora, sin embargo, aquella ciudad que sabía a nitrógeno e hidrógeno le fascinaba.

De todos modos, el recuerdo que más le interesaba, al margen del que estaba a punto de traer a la mente, era el instante en que había conversado por primera vez con Nia.

La noche anterior.

Ibane se exasperaba por dos razones.

A las 00:30 la obligaron a vestirse con un chubasquero transparente de PVC adquirido en un sórdido bazar de todo a partir de un euro regentado por una familia de chinos. Era una caótica tienda que los sábados funcionaba como dispensario de bebidas alcohólicas para menores y que los agentes municipales del turno de noche utilizaban como local de abastecimiento a partir de la madrugada. Sudaba o tenía la sensación de sudar. El club Arrebato se encontraba a reventar. La temperatura interior debía de rondar los treinta grados de calor antinatural. No la consolaba que todo el mundo se protegiese con los ridículos impermeables. Les iban a rociar con algo. Confiaba, al menos, que no fuese licor de melocotón.

Laida le había presentado a una amiga suya. Esto ocurrió antes de lo de los chubasqueros. Ibane ya la conocía de vista. Era un tía de aspecto andrógino —le recordaba al Barón Ashler— asidua a las cazuelitas de los bares de la parte vieja. Laida la introdujo como profesora de Comunicación de Masas y Creación de Mitos del departamento de Comunicación Audiovisual de la Universidad del País Vasco. A renglón seguido las dejó solas.

“Tengo que atender unos asuntos. Te veo más tarde”.

Ibane sabía que eso no iba a ocurrir. No sólo era el día de Nia. También era el de Laida.

En ningún caso el suyo.

Pero no entraba en sus planes tener que aguantar a una engreída que le quería impresionar con aburridas disquisiciones.

A la profesora pareció darle igual. Agarró a Ibane por su muñeca derecha. Tenía manos gruesas y blandas, y un anillo de plata en cada pulgar. Le preguntó a Ibane si corría.

“Soy una *runner*. Hago *footing* cuatro veces a la semana en grupo por la zona de la ría. Tenemos preparadora personal, planes de entrenamiento, podemos hacer consultas en una web habilitada al efecto y, por la cuota trimestral, estamos suscritas a la revista *Run es Fun*”.

Dijo que se había comprado unas Reebok con suela de caucho al carbono y unas Nike de malla de nylon abierta, con alta transpirabilidad, idóneas para largas distancias sobre asfalto. También una chaqueta cortavientos resistente a la lluvia, unas mallas piratas de poliéster, un

consonni

pulsómetro y un electroestimulador, a fin de mejorar su rendimiento. Además, tomaba diariamente cápsulas de vitamina E y de un complemento nutricional que frenaba el desgaste articular.

Ibane la imaginó como una especie de super heroína venida a menos, con el traje raído y descolorido, los superpoderes ausentes. Contando sus hazañas en un intento por deslumbrar a jovencitas.

Le deseó suerte y se despidió. Eso fue antes de sorprender a Mikel y a las mellizas Andrea y Alex García partiéndose de risa junto a la mesa donde vendían las camisetas diseñadas por Nia. También antes de los mini bocadillos de tortilla de patata. Aunque era incapaz de traer a la memoria si se había acostado finalmente con Nia, curiosamente recordaba aquello a la perfección.

A Ibane tampoco le gustó en exceso lo de la tortilla. Aconteció sobre las 03:00. Se hallaba a punto de pirarse. O quizás no. No lo tenía claro. Un chico con los ojos maquillados a base de sombras oscuras repartió unas medianoches envueltas en papel plata. Olían a aceite de girasol y a hipermercado. Le pareció una horrerada.

Entre los chubasqueros y la tortilla sucedieron cosas significativas. A las 02:15 Ibane tropezó con Laida y Nia. De hecho las vio en numerosas ocasiones durante la velada. El local, de dos pisos y escasos cuatrocientos metros cuadrados, obligaba a chocarse continuamente con la gente de la fiesta, incluida la superheroína trasnochada experta en creación de mitos. Charlaban compartiendo una botella de cerveza. Nia sujetaba la melena con dos pinzas de colores para colgar ropa. Ibane no quiso desaprovechar la ocasión. Antes había acudido a los lavabos en tres ocasiones. La primera para orinar, la segunda para inspeccionar y la tercera para tomar una pastilla de Mikel que le tenía que facilitar las cosas. La primera de su vida.

No se la tomó.

consonni

Supuso que ellas lo habían hecho. Era un pensamiento que le sobrevinía tumbada en la cama. Escuchó un tic-tac lejano perteneciente a un reloj de pared y un crujir de maderas apolilladas en el piso superior. Por lo demás no se oía nada. El silencio y el recuerdo del miedo a drogarse le provocaron cierta sensación de indefensión. No creía que hubiese sentido lo mismo durante el encuentro en el club. Para aquellas alturas andaba muy cerca de estar como una cuba a gin tonics de Beefeater.

“Ésta es Ibane, la chica de la que te he hablado”.

Era una putada de frase. En labios de Laida tenía un significado especial. Incluso peligroso. Pero tampoco se acordaba de su respuesta. Fuese la que fuese, saber que Laida le había hablado a Nia de ella abría un abanico de expectativas.

A Ibane le pareció que Laida quería hacer las paces.

Estaba exultante.

Nia aún lo estaba más. Era su día y su fiesta.

A partir de aquel momento Ibane evoca imágenes nebulosas e inconexas. Por ejemplo, cuando Nia le salpica con una botella de cava; cuando se sacude la espuma y se felicita de llevar encima el chubasquero; cuando se introducen varias personas en un monovolumen aparcado cerca de los embarcaderos; cuando a Laida le entra porquería en un ojo y parece que está sollozando; cuando alguien propone, al apuntar el día, jugar a descalzarse.

Sobre todo distingue la luz de amanecida precipitándose sobre el portón lateral del mercado, donde las furgonetas del pescado y de la carne descargan el género de Mercabilbao. Es un sitio de un encanto especial, adecuado para rodar un *thriller* urbano de sobornos y apuñalamientos. Alguien sugiere acercarse para ver si les venden caracolillos. Un chico que lleva una camisa crema ceñida —tanto que le parece una talla infantil—, cruza el puente de la Ribera en dirección al mercado mientras el resto se desternillan y le gritan. No recuerda nada más.

consonni

“¿Qué hora es?”, se preguntó Ibane.

Las seis y diez de la tarde.

Demasiado pronto para salir y demasiado tarde para aprovechar el día.

En un domingo.

Sentía punzadas agudas en las sienes.

Desde la cama buscó a media distancia algo que le revelase si aquél era el dormitorio de Nia. Sin lentillas lo veía todo excesivamente borroso. Hizo un esfuerzo por acordarse de algo más. De nuevo otra sensación de inseguridad la puso en guardia. Tenía que estar en perfectas condiciones antes de que Nia entrase en la habitación. Y eso incluía una visión óptima. Sentada sobre la cama, buscó a tientas sus braguitas negras. Se levantó cuidando de no hacer ruido. La persiana de madera permanecía levantada. La luz que entraba era más que suficiente para no trastabillar en un espacio atestado por montañas de libros y un ropero móvil.

Tuvo suerte.

El baño se ubicaba en el interior del dormitorio. Pulsó el interruptor de la luz. La primera reacción fue mirarse en el espejo ovalado. Se acercó a unos diez centímetros y bufó. Cogió un tubo de dentífrico de encima del lavabo y puso un poco de pasta entre los dientes. Abrió el grifo, bebió un trago de agua y utilizó el dedo índice de la mano derecha a modo de cepillo. Luego se enjuagó y se secó con una toalla pequeña. Durante la operación había localizado las lentes. En realidad vio dos vasos con agua. Tras acercar uno de ellos a diez centímetros, comprobó que en el fondo había un objeto azulado. No era higiénico pero valía en caso de emergencia. Cayó en la cuenta de que Nia debía de haberla ayudado.

Visualizó la escena y una variante. La escena era que se quitaba las lentillas frente al espejo mientras Nia, en un ataque de risa, comenzaba a aligerarse de ropa repitiendo que cuanto más enseñaba menos podía ver ella. La variante le sobrevino cuando se le resbaló la segunda lentilla. De repente imaginó a ambas arrodilladas palpando en las baldosas heladas. Nia, completamente desnuda, la besaba. Le invadió de nuevo un calor que hacía aumentar la temperatura entre sus muslos, contrastando con el frío del suelo bajo sus pies descalzos.

Volvió a entrar en la habitación con mayor tranquilidad. La imagen de la chica de la foto sobre la mesa imprimía fuerza a la fantasía. Se dirigió a la ventana con el fin de descubrir dónde se

consonni

encontraba. Las bisagras estaban podridas por efecto de la humedad. Enfrente se le aparecieron unas casas viejas renegridas, con diminutas ventanas que también tendrían las bisagras oxidadas, y un puente peatonal abombado. Durante los segundos que estuvo mirando nadie lo cruzó. En su ángulo visual sólo había cuatro personas y un perro pastor alemán joven que correteaba ajeno al letargo dominical.

Se dio cuenta al menos de dos cosas:

Que la distancia entre el sitio en el que había pernoctado y el club era de unos ciento cincuenta metros.

Que no había terminado en el piso compartido de Nia. Sabía por Laida que vivía en el otro lado de la ría.

Volvió a la cama. Más sigilosamente si cabe que cuando se levantó.

Pensativa.

Dónde se hallaba.

Temerosa.

A ratos pensativa y a ratos temerosa.

Y, a ratos, ambas a la vez.

Se cubrió con la colcha.

No iba a recomponer el puzzle, pero debía intentarlo: “Entablé conversación con Nia en el club, alborotamos juntas por el muelle en el momento que el día rompía por la iglesia de San Antón, subí con ella al piso y me he despertado desnuda en un catre pertrechado con sábanas de barcos”.

El resto lo tenía que obrar la imaginación.

Habían travesado y se habían divertido.

¿A qué tenía que temer?

A nada.

Suponer en aquella situación de desnudez era agradable.

consonni

Pero había pasado tanto tiempo fantaseando que tener que continuar haciéndolo no era lo más deseable.

Era frustrante.

Abocada a soñar, hacía esfuerzos en traer a la mente secuencias satisfactorias para ambas.

Sobre todo para Nia.

La vislumbra desnuda comiéndosela con los ojos.

Un mínimo de posesión.

Mucho más en todo caso de lo que habría podido planear antes de ir al club.

“Tengo que calcular cómo debo comportarme con ella”, se dijo Ibane. Algo medianamente razonable. Focalizó sus pensamientos en dos momentos: cuando entrase por la puerta de la habitación y durante los próximos días.

Sabía que era fundamental que, en breves instantes, circularsen por su cerebro agotado todas las imágenes y sensaciones que guardaba de Nia. Empezando por el día que había sabido de su existencia.